

institucion ducal y el episcopado, existia, y que habia sido reducido al silencio cuando su eleccion: esta fué su perdicion y la del imperio.

El rey Conrado, que habia logrado crearse en el Sur una posicion fuerte casándose con la viuda de Leopoldo de Baviera, madre del jóven duque bávaro Arnulfo y hermana de los condes suabos Erchanger y Bertoldo, vivió en un principio en perfecta armonía con los duques; pero pronto se pasó al bando contrario interviniendo en la lucha que estalló entre el obispo Hatto y el duque de Sajonia á consecuencia de las pretensiones de la iglesia de Maguncia sobre algunos bienes y rentas de Turingia. Al fallecer en 912 Oton el Ilustre, á quien sucedió su hijo Enrique, procuró el monarca disminuir los dominios y el poder del ducado sajón; pero fué rechazado por las tropas de Enrique. Cuando estalló en Suabia la lucha entre sus cuñados y Salomon de Constanza, abrazó tambien el partido de la Iglesia, llegando muy pronto á ponerse, por la misma cuestion, frente á frente de su hijastro Arnulfo de Baviera. De esta suerte, estalló una lucha intestina general que rebajó mucho la consideracion de la



Sello real de Enrique I

monarquía, que se habia puesto al servicio de la Iglesia. Además el monarca no estaba entonces á la altura de su mision: de la Lorena, solo habia podido Conrado conservar unida al imperio la Alsacia, y de sus campañas contra los húngaros regresó sin gloria y sin éxito, mientras que su hijastro Arnulfo de Baviera conquistaba en ellas laureles sin número. Cuanta menos consistencia tenia su posicion, mas estrechamente se unia Conrado á la Iglesia; de suerte que el elegido de los duques alemanes y de su nobleza se convirtió en un rey-sacerdote que compraba el apoyo del clero con nuevas concesiones hechas al episcopado. En efecto, en un sínodo que se celebró en setiembre del año 916 en Hohenaltheim (en Ries), y al cual no asistieron los obispos sajones, la alianza ofensiva y defensiva entre la monarquía y la Iglesia quedó sellada por una serie de acuerdos en virtud de los cuales se adoptaron medidas extraordinarias, se mandaron prestar juramentos solemnes y se fulminaron severos castigos contra los que atentaran á la Iglesia, á sus bienes ó al rey; acuerdos que estaban en parte literalmente copiados de las falsas decretales de Isidoro. A consecuencia de esto, se amenazó con la excomunion á Erchanger y á Bertoldo, enemigos del obispo de Constanza, y á los obispos sajones que en la contienda entre Enrique de Sajonia y Heriger de Maguncia se habian puesto de parte del duque. Con energía cada vez mayor prosiguióse la lucha, á la cual la sed de venganza del vencedor dió mayor carácter de crueldad. En Suabia, Erchanger y Bertoldo, á pesar de su parentesco con el rey, acabaron sus vidas bajo el hacha del verdugo: esto no obstante, Burkhardo, hijo del duque del mismo nombre que anteriormente habia sucumbido en la lucha sostenida contra aquellos dos, conservó la dignidad heredada de su padre y supo resistir los ataques del rey y de sus aliados eclesiásticos. De suerte que en aquel

tiempo la institucion ducal estaba con la monarquía en un antagonismo que no se avenia con su carácter pero que se habia hecho necesario á consecuencia de la política violenta seguida por Conrado. Esta política puso en peligro la unidad del imperio, pues obligó á las razas y á sus caudillos, para atender á su propia conservacion, á romper por completo los ya aflojados lazos que con el imperio les unian.

El rey Conrado acabó por comprenderlo así, y con una fuerza de voluntad que le honra, confesó su injusticia y, lo que es mas aun, mostró el camino verdadero de salvacion. En efecto, cuando despues de una desgraciada campaña contra los húngaros sintió que se aproximaba su fin, convocó, en diciembre del año 918, á los magnates de la raza franca, presididos por Eberhardo, su hermano y sucesor en el ducado, y les recomendó que entronizaran á su adversario, Enrique de Sajonia, á quien Eberhardo en persona debia entregar las insignias imperiales. En 23 de diciembre falleció Conrado, siendo enterrado en la catedral de Fulda: de él puede decirse que fué un hombre valeroso, pero imbuido en las ideas de una época pasada que quiso imponer á la suya, por cuya razon, como él mismo lamenta, se vió perseguido por la suerte adversa y atrajo la desdicha sobre su imperio. El cambio que á su muerte se llevó á cabo constituye la crítica mas acerba que de su sistema político puede hacerse.

La enemistad cada dia mayor que entre Sajonia y Franconia existia habia sido en alto grado funesta para el imperio: únicamente la sincera y noble reconciliacion entre ambas podia fortalecer sus vacilantes cimientos. Una vez conseguido esto, la nobleza laica debia recobrar la posicion en que se fundaba la organizacion imperial del año 887. Ambas cuestiones fueron resueltas cuando, en abril del año 919, sajones y francos, conducidos por Enrique y Eberhardo respectivamente, tuvieron una entrevista en Fritzlar, en las fronteras de sus territorios. Tambien se presentó allí Heriger de Maguncia, que prudentemente se hizo cargo del cambio en el estado de cosas ocurrido. Partiendo de la recomendacion hecha por el rey Conrado, recomendacion que se veia apoyada por la situacion del imperio y por las cualidades que adornaban al recomendado, propuso Eberhardo de Franconia como rey al duque de Sajonia. Unánimes aplausos acogieron sus palabras, y así el rey Enrique debió su corona á la libre eleccion de sajones y francos (1). Esta circunstancia caracterizó todo su reinado. Cuando Heriger de Maguncia le ofreció la consagracion eclesiástica, que Conrado y Luis habian recibido, Enrique agradeció, pero rechazó el ofrecimiento, contestando, segun Widukindo de Corvei, historiador de los primeros reyes sajones, que le bastaba llamarse rey por la gracia y el amor de Dios; que la uncion y coronacion podian reservarse para mejores monarcas, pues él no se consideraba digno de tales honores; contestacion sumamente hábil bajo el punto de vista diplomático, pues no rebajaba en nada á la Iglesia y daba á comprender que Enrique queria conservar en frente de ella su libertad, es decir, que queria gobernar únicamente desde puntos de vista político-terrenales. El aplauso con que fueron acogidas estas palabras, que en aquel momento resumian todo un programa de gobierno, demuestra con cuánto placer se vió que el imperio volviera de nuevo á marchar por la buena senda. La mejor garantía para ello era el pasado de Enrique.

El nuevo rey habia entrado en los cuarenta años. Dotado de excelentes cualidades físicas y morales, de las cuales habia dado pruebas en sus luchas contra los bandidos dalemizios, no desmentia, tal como nos le presenta la tradicion, aquella

(1) G. Waitz. *Anuario del imperio aleman*, en tiempo de Enrique I, segunda edicion, Berlin, 1863.

dureza de origen que era propia de los sajones, aferrados todavia á lo antiguo, y que tan en contraposicion estaba con los francos, modificados por tantos cambios. El ducado que habia heredado estaba situado en las ricas posesiones de los ludolfingos. Establecidos estos primitivamente en el alto Lippe, habian extendido paulatinamente sus territorios, por efecto de sus guerras fronterizas con los eslavos, hasta llegar á las fronteras de estos. La masa principal de sus dominios estaba situada en las estribaciones del Harze y era cultivada segun los antiguos usos de los carlovingios, tomando parte muy activa en su cultivo las mujeres, que abundaban en esta raza y que ejercieron benéfica influencia en su desenvolvimiento. Enrique aumentó todavia mas sus dominios á consecuencia de su casamiento con Hastheburga, hija del conde Erwin de Merseburgo, cuyos territorios adquirió á pesar de que el matrimonio, declarado nulo por la Iglesia (por haber Hastheburga, á la muerte de su primer marido, tomado el velo), fué en definitiva roto y de que Hankmaro, hijo de este matrimonio, fué declarado ilegítimo. En el año 909, Enrique se casó con Matilde, hija del conde Dietrich, que contaba entre sus antepasados á Wittekindo. Matilde era una mujer

dotada de gran talento y de mucha energía y sumamente piadosa y devota, que con su digna conducta realizó la consideracion de la familia real y ejerció imperceptible pero benéfica influencia en su esposo y en el Estado.

Pero de todo ello lo mas importante fué el hecho de pasar la direccion del imperio de los francos á los sajones, pues con esto comenzaron á predominar puntos de vista políticos completamente nuevos. La Sajonia tenia todavia hondas raíces en el antiguo germanismo; nunca habia sido gobernada por reyes, no tenia nocion alguna del feudalismo, y así se habian conservado en ella incólumes la antigua nobleza germánica y la situacion primitiva de la clase agrícola. El duque sajón llevó al imperio las ideas políticas que tal estado de cosas imponia, reproduciéndose en las relaciones que existian entre los duques, y entre estos y el rey, la situacion que habia existido entre los nobles sajones y entre estos y su duque. Con esta situacion estuvo en armonía la política interior de Enrique. La institucion de los ducados de raza, contra los cuales habia luchado Conrado I, en union de la Iglesia, fué sencillamente reconocida por Enrique, el cual solo se opuso á algunas extralimitaciones. La situacion de



Monedas de Enrique I.

Primera.—Leyenda del anverso: HENRICVS; en el centro la palabra REX. En el reverso hay una cruz en el centro, con una bolita en cada ángulo, y al rededor la leyenda: DVNV.—Segunda.—Leyenda del anverso: HEINRICVS REX; en el centro hay una cruz. En el reverso, en dos líneas, la inscripción: ARGENTINA CIVITS, encima una c cuadrada y puesta al revés, en medio una bolita y debajo una s.

Eberhardo de Franconia no sufrió modificacion alguna; Burkhardo de Suabia, que no se sometió hasta que se vió amenazado por los ejércitos de Enrique, perdió el derecho de nombrar obispos, que tan atentatorio era á las prerogativas de la Iglesia; Arnulfo de Baviera, que cedió cuando el rey se presentó, en 921, con sus tropas en Ratisbona, continuó gozando de los derechos que enfrente de la Iglesia tenia y nombrando los obispos bávaros. Únicamente la Lorena se mantuvo, por el momento, apartada del imperio, pues Giseberto, hijo de Reginaro, prefirió la aparente sumision al impotente rey franco á la alianza con el reino oriental cada dia mas fuerte. En el año 921, Enrique, despues de haber celebrado una entrevista con Carlos el Simple, fué solemnemente reconocido por este, el cual además renunció á todos los derechos que pudieran tener los carlovingios sobre el trono de los francos orientales.

Al reconocer el rey Enrique el poder territorial de los duques y al confiarles la direccion de los asuntos de sus razas respectivas, de tal suerte que despues de su reconocimiento no volvió á pisar los territorios de Suabia y de Baviera, dió pruebas de aquel frio y mesurado sentido práctico, que se contentaba con lo que estaba seguro de conseguir y que era el único que en aquellos difíciles tiempos obtenia grandes éxitos. Era, en efecto, mejor que el imperio subsistiera como una confederacion de ducados que no que por efecto de una violenta centralizacion se viera desgarrado por luchas intestinas. Este era el único modo de que las fuerzas del imperio, que mutuamente se destruían, pudieran de nuevo unirse para emprender una accion comun. Cada victoria en este sentido era un beneficio para la monarquía y aumentaba poderosamente su autoridad política. Limitada en un principio á la Sajonia, fué conquistando poco á poco in-

fluencia sobre las demás partes del imperio, de manera que no un decreto general sino el éxito fué causa de que las instituciones sajonas fuesen aceptadas por los demás territorios. Esta circunstancia, unida al análisis específico puramente sajón que Widukindo de Corvei hace de sus héroes, es causa de que el reinado de Enrique aparezca como exclusivamente limitado á Sajonia; por cuyo motivo son muchos los que le han considerado mas bien como rey sajón que como rey aleman. Los que tal creen no piensan acertadamente, pues á pesar de los obstáculos que las circunstancias le imponian, y que él respetaba, el gobierno de Enrique fué verdaderamente monárquico. Aun cuando la revolucion del año 887 hizo independientes á las tribus alemanas, y aun cuando los revueltos tiempos de Luis el Niño y de Conrado aumentaron el espíritu de independencia nacional, Enrique I fué el verdadero fundador del reino aleman, pues fortaleció y completó los cimientos todavia inseguros y fué quien construyó en mayor escala sobre ellos. Si el modo de ser de Sajonia ejerció cierta influencia, esto no solo era natural, sino que constituia una felicidad, pues era puramente aleman y las desgracias de los últimos años se debian al hecho de que la Iglesia romana quisiera imponer sus puntos de vista y sus tendencias al Estado aleman, que se hallaba en período de formacion. La monarquía sajona fué la contestacion que dieron los alemanes á las exigencias formuladas por el romanismo en Hohenaltheim.

Enrique, en su política exterior, partia de puntos de vista alemanes y sajones: por grande que fuera el peligro que de parte de los húngaros amenazaba, el mayor de todos estaba en el Norte y en el Nordeste. En este último, el paganismo eslavo era presa de continua agitacion, y despues de haber destruido las misiones se esforzaba por reconquistar sus an-

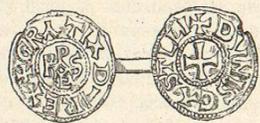
tiguas fronteras. En el Norte, el germanismo septentrional, pagano también, iba adquiriendo una preponderancia que amenazaba separar del mar el reino franco-oriental. Además, la amenazada Sajonia todavía no estaba de hecho completamente cristianizada, pues muchos de sus territorios mostraban aun en su vida y en sus costumbres reminiscencias paganas (1). Al propio tiempo que se pensaba en la defensa contra el exterior, era preciso pensar en el interior y crear en él una elevada civilización que, fuerte en sí misma, no

podiera ser atacada por enemigos exteriores. De este modo la antigua lucha de los sajones contra los daneses y los eslavos tomó una importancia extraordinaria y redundó en beneficio del porvenir de toda la nación. ¿Pero cómo podía atenderse á todas estas necesidades mientras no se tuvieran las espaldas seguras y mientras existiera el temor de que, al propio tiempo que el ejército sajón luchara en el Elba y en el Eider, los húngaros invadieran las indefensas comarcas y llevaran á ellas la desolación y la ruina? Cuando los hún-



Palacio é iglesia de Quedlinburgo

garos encontraron un poderoso adversario en Arnulfo de Baviera, se dirigieron con preferencia contra los territorios menos defendidos, y saquearon especialmente la Sajonia. Era preciso, pues, atender á esto. En el año 924, al penetrar los húngaros en aquel indefenso país, Enrique, que había



Moneda de plata de Rodolfo de Borgoña.

Leyenda del anverso: GRATIA D-I REX; en el centro el monograma RADVLFVS. Leyenda del reverso: DVNIS CASTELLI; en el centro hay una cruz.

tenido que ocultarse en su palacio de Werla, les devolvió uno de sus caudillos que había sido hecho prisionero, y con esto logró firmar para Sajonia un armisticio de nueve años, durante los cuales tuvo, sin embargo, que pagar un tributo anual. En este tiempo, mientras los húngaros asolaban la

(1) Nitzsch: *Historia alemana*, I, pág. 29.

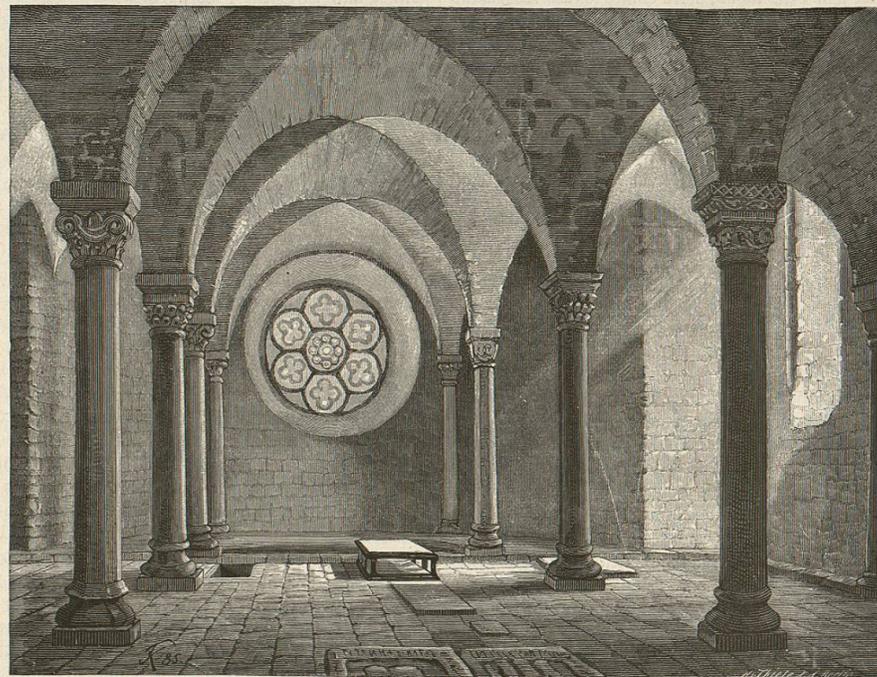
Baviera, la Suabia y en 926 la Lorena, Enrique mostró una notable actividad organizadora, que restableció las fuerzas de su raza, iniciándose así una nueva época militar para toda la nación. La tradición, que se fijó algunos años después y que al exponer los comienzos de la monarquía sajona sintió la especial influencia de los grandes triunfos posteriormente conseguidos, generalizó equivocadamente algunas cosas y atribuyó erróneamente á Enrique algunas otras acaecidas en época posterior.

La mayor parte de las grandes colonizaciones que existían al Noroeste y al Sudeste del imperio fueron cercadas desde fines del siglo IX con murallas y fosos, para que pudieran resistir los ataques de los normandos y de los húngaros, que con regularidad periódica seguían haciendo sus rapaces incursiones. La Sajonia contaba entonces con muy pocas plazas fuertes. «A la sazón, dice Widukindo (2), se trabajaba día y noche en su construcción,» palabras que se refieren naturalmente á los amurallamientos de lugares existentes ya. Lo que se nos refiere acerca del convento de Hersfeld puede ser considerado como una disposición de carácter general en virtud de la cual Enrique, en unión de los magnates, ordenó que se fortificasen los conventos, las residencias episcopales,

(2) Widukindo: *Res geste Saxon*, I, c. XXXV.

los pueblos donde se celebraban mercados y otros puntos análogos. Prescribíase cuál había de ser la altura de las murallas, que á doce piés delante de ellas se abriera un foso (1) y que solo pudieran celebrarse asambleas populares, mercados, fiestas, etc., en estos recintos amurallados. Todavía hizo mas Enrique en sus propios dominios, especialmente en los territorios conquistados á los sorbes, en los cuales había establecido anteriormente á muchos de sus servidores, pues mandó que la novena parte de los colonos residiesen constantemente en la villa mas próxima y reuniesen en una casa determinada una parte de los productos de la agricultura de

sus compañeros, los cuales, entretanto, debían cultivar sus tierras. De esta suerte, la población agrícola tenía, en caso de necesidad, un refugio en aquella villa bien provista. Estas aldeas rodeadas de murallas y parecidas á villas, que existían en Sajonia, fueron los centros de las comarcas que á su alrededor se extendían, así es que todos cuantos se dedicaban á la industria y al comercio las visitaban con frecuencia. Muchas de ellas fueron poco á poco convirtiéndose en ciudades: Quedlinburgo, Merseburgo, Meissen y otros lugares, que después fueron poblaciones florecientes, se formaron de esta manera. Una vez creados puntos de refugio contra los ataques



Tumbas de Enrique I y de su esposa Matilde, en la cripta de la catedral de San Pedro, en Quedlinburgo.

del enemigo, era preciso adiestrar á la raza para que pudiera desde ellos defenderse victoriosamente. El sajón libre hacia desde antiguo el servicio militar de caballería, pero acostumbrado á combatir aisladamente no estaba en condiciones de poder luchar con ventaja contra los húngaros. En tiempo de Enrique, aprendieron los sajones á pelear á caballo en filas cerradas y en grandes escuadrones, llegando á adquirir una destreza que sirvió de mucho contra los veloces escuadrones húngaros y que solo podía alcanzarse con una enseñanza prolija y un método práctico. En el momento decisivo no se prescindía de ningún brazo que pudiera llevar las armas: Enrique perdonaba á los ladrones y bandidos que entraban en el ejército, á los cuales señalaba como residencia el castillo de Merseburgo y les permitía desde allí incursiones contra los vecinos wendos. Así llegaron á formar una cuadrilla de audaces aventureros que era designada con el nombre de legion de Merseburgo. Posible es, por lo demás, que estas disposiciones de Enrique fuesen copiadas de las medidas que recientemente había adoptado el rey anglo-sajón Eduardo

para defender sus dominios contra los daneses. En el año 929 Enrique casó á su primogénito Oton con la hija de Eduardo, Edita, la de rubia y rizada cabellera.

Pronto fué puesto á prueba el sistema militar de la raza sajona. Ya en 928 combatieron victoriosamente los sajones contra los hevellios, cuya fortaleza de Brennabur (Brandeburgo) cayó en poder de Enrique después de una campaña sostenida durante el invierno. También se luchó de nuevo contra los dalemencios, y fué conquistada su ciudad Gana, que era probablemente la que con el nombre de Jahna se levantaba en la comarca de Meissen. En el año 929, Enrique, que en unión de Arnulfo de Baviera avanzó hasta Praga, obligó á Wenceslao de Bohemia á someterse á él. La sublevación de las tribus eslavas del Havel y del Spree fué entretanto sofocada por la brillante victoria que el conde Bernardo y Thietmar consiguieron en Lenzen, junto al Elba, sobre los redarios. La raza sajona era el porta-estandarte del porvenir de Alemania en las comarcas fronterizas del Este; contuviéronse las invasiones de los eslavos y otra vez se reconoció la superioridad de los alemanes, quedando abiertos nuevos caminos á la actividad de las misiones.

(1) Vita S. Wiberti, *Mon. Germ. his. Scrip.*, IV, pág. 225.